

escrupulosa eleccion de los hombres que se les enviaba para gobernarles.

Pocas horas despues de la ocupacion de Mazatlan, se expidió, como se había ofrecido en el artículo segundo del acta levantada en la ciudad del Rosario, la convocatoria para la eleccion de gobernador. Como el general don Ramon Corona gozaba de una reputacion bien adquirida en la sociedad de hombre activo y honrado, fué visitado inmediatamente por varias personas de influencia y respetables, con objeto de inquirir si aceptaría el gobierno de Sinaloa, y de no ser así, saber qué persona era la que en su concepto debía ocupar aquel elevado puesto. Corona, despues de manifestar que de ninguna manera aceptaría el gobierno, indicó que reuniéndose en el coronel don Antonio Rosales la probidad, el valor, el buen deseo y la actividad, le juzgaba á propósito para ser elegido. Todos juzgaron muy acertada la indicacion, y habiéndose verificado la eleccion, ésta recayó, por mayoría de votos, en el expresado coronel don Antonio Rosales. Hecho el nombramiento, el coronel don Joaquin Sanchez Roman le hizo entrega, el 20 del mismo mes de Octubre, del gobierno, y al tomar posesion dió una proclama á los habitantes del Estado, mostrándoles su gratitud por la prueba de confianza que le habían dado al poner el gobierno en sus manos.

Con el fin de hacer frente á las tropas imperialistas que de un momento á otro se esperaba penetrasen en el Estado, se reunieron todos los elementos de guerra posibles, y se tomaron las disposiciones que se juzgaron más acertadas.

1864.

Octubre.

Al mismo tiempo que en el Estado de Sinaloa se trabajaba con actividad en preparar cuanto era necesario para sostener la campaña contra el imperio, que se juzgaba próxima, en el de Oajaca, Michoacan y otros, hacían igualmente esfuerzos los jefes republicanos para defender la causa que juzgaban salvadora. Una fuerza de las tropas del general republicano don Porfirio Diaz que operaba en Oajaca, cayó en la madrugada del 20 sobre Cazatlan y Calipa, arrollando á un corto destacamento de civiles que se retiró despues de haberse defendido heroicamente.

Don Porfirio Diaz, saliendo de Oajaca por caminos extraviados para sorprender al jefe imperialista Visoso, que estaba en Tlajiaco, logró su objeto, obligando á retirarse á sus contrarios y entrando en la poblacion.

Los guerrilleros republicanos Romero, Castillo, Solano y Bernal, reunieron sus fuerzas y atacaron el pueblo de Tenango, que tenía escasa guarnicion. Parte de ésta, que se había situado en la torre de la iglesia con un oficial apellidado Trujillo, capituló: la otra, al mando de otro oficial llamado Arriaga, que se componía de quince hombres, despues de defenderse largo tiempo en las casas consistoriales, se retiró, entrando los asaltantes en la poblacion.

En el Estado de Guerrero hubo otro hecho favorable tambien á las armas republicanas. El general imperialista don Juan Vicario, que había recibido órden de Bazaine, general en jefe del ejército franco-mejicano, para que atravesase hasta Acapulco el territorio de Guerrero, cuya operacion debía ser practicada por las tropas francesas

que ocupaban aquel puerto, dispuso su marcha inmediatamente. Era don Juan Vicario uno de los hombres de firmes ideas conservadoras que había abrazado con ardiente entusiasmo la causa del imperio, no dudando que del nuevo orden de cosas vendrían á la patria en que había nacido, la paz y la prosperidad. Antes de la intervencion francesa, en la sangrienta lucha de los dos partidos liberal y conservador, don Juan Vicario empuñó las armas en defensa de los principios conservadores, dejando su vida pacífica de paisano, y sacrificando por ellos su fortuna y su tranquilidad. El motivo que le hizo lanzarse al combate, fué el haber sido asesinado su anciano padre por una partida de gente insubordinada, que nunca falta desgraciadamente en ningun partido, y que pertenecía al bando liberal.

1864. Don Juan Vicario se hallaba en Iguala  
 Octubre. cuando recibió la orden de Bazaine para dirigirse hácia Acapulco. Acto continuo de haberla recibido concentró sus fuerzas, que se componían de ochocientas sesenta y cuatro plazas, dejando cubiertos los puntos importantes de Iguala y Teloloapam, y emprendió su marcha sobre Chilapa el 14 de Setiembre, por los pueblos de Huitzucó, Atenango del Río y Tloloapam, donde se reunieron todas las fuerzas que componían la brigada, por haber tenido necesidad de escalonarlas para facilitar los pasos de los ríos. El 19 del mismo mes de Setiembre siguió su marcha con toda la brigada hasta llegar al paraje llamado Tlaltempanapa, situado á la boca de la cañada del pueblo de Zitlata. En este punto se había situado ya, para impedirle el paso, una division republicana,

cuya fuerza ascendía á mil quinientos hombres de las tres armas. El general don Juan Vicario se vió entónces precisado á cambiar su plan de operaciones, y se decidió á emprender una marcha de flanco, engañando á sus contrarios en su retaguardia y ocupar á Chilapa. Los republicanos comprendieron su movimiento y se retiraron á la expresada poblacion que él se dirigía á ocupar, llegando á ella mucho ántes que pudiera verificarlo el jefe imperialista, por ser doble la distancia que tenía que hacer por el camino que había tomado.

Don Juan Vicario, no llevando los elementos necesarios para atacar una plaza con todas las formalidades necesarias, estableció el sitio. A ello le convidaba la pequeñez del perímetro de defensa formado por las fuerzas republicanas, que no prestaba los recursos necesarios para una larga resistencia, y la seguridad en que don Juan Vicario estaba de que las tropas del general republicano don Diego Alvarez, que se hallaban al frente del puerto de Acapulco, no abandonarían sus posiciones para marchar en auxilio de los sitiados en Chilapa. Pero no sucedió así: el 11 de Octubre, cuando la plaza llevaba veinte días de estar sitiada, se dirigió don Diego Alvarez con sus fuerzas en auxilio de los sitiados.

Comprendiendo don Juan Vicario que no era ya posible conseguir su objeto, levantó el sitio, procurando verificar una ordenada y honrosa retirada sobre la base de sus operaciones. En cuanto sus contrarios notaron el movimiento retrógrado de las fuerzas imperialistas, salieron en su alcance, y atacando con ímpetu, pusieron en desorden parte de la brigada, desbandándose algunos

soldados y oficiales. Las noticias que éstos esparcieron, fueron sumamente abultadas, y todos creyeron, por ellas, que don Juan Vicario había sufrido una derrota completa.

1864. El gobierno, al recibirlas, dispuso que el  
 Octubre. coronel don Abrahan Ortiz de la Peña se hiciese cargo del mando de la brigada de don Juan Vicario, y que éste se presentase en la capital á dar cuenta de sus operaciones.

No obstante estos ligeros triunfos, la suerte parecía haberse propuesto continuar favoreciendo la causa del imperio, cuyas fuerzas avanzaban hasta los últimos límites de aquel vasto país. En el Estado de Michoacan, una fuerza imperialista sorprendió y derrotó el 26 de Octubre, en Toxpan, á una guerrilla que acaudillaba el jefe republicano Gonzalez.

Dos días despues, una fuerza imperialista destacada de Zamora á las órdenes del comandante militar de la plaza don Luis Avalos, obligó á retirarse al general republicano Régules, que se había aproximado con sus tropas á la poblacion.

En Taretan, un teniente coronel imperialista sorprendió á la fuerza del guerrillero Yarza, causándole algunos muertos, haciéndole diez y siete prisioneros, cogiéndole cincuenta caballos, y apoderándose de muchas armas y municiones.

Las partidas republicanas que bajo las órdenes de Romero, Castillo, Solano y otros guerrilleros recorrían el territorio comprendido entre Toluca, Maravatio, Irimbo, Toxpan, Temascaltepec y Tenango del Valle, se veían tenazmente perseguidas por la columna del capitan

Hayrie, compuesta de una division de caballería mejicana, otra del segundo regimiento de cazadores de Africa, y de una compañía del 3.º de zuavos á caballo.

1864. Esta fuerza derrotó, el 8 de Octubre, á  
 Octubre. corta distancia de Pueblo Nuevo, á la caballería del guerrillero Castillo; el 13 destruyó, en gran parte, en Irimbo, á la guerrilla de don Cresencio Morales, prefecto político de Zitácuaro, comandante militar de la plaza. Este último, así como algunos otros jefes, perecieron en el combate.

Dos días despues, esto es, el 15, la misma fuerza franco-mejicana, aumentada con tropas del coronel don Paulino Gomez Lamadrid y con ciento cincuenta voluntarios de Angangueo, entró á Zitácuaro, despues de haber desalojado de todas sus posiciones á fuerzas numerosas republicanas allí reunidas, que trataron de defender las alturas sufriendo sensibles pérdidas. Perdida la accion, las tropas republicanas se retiraron á las montañas del Sur, hácia el lado de Laureles.

A estas acciones siguió una de más importancia que ellas, verificada en las Barrancas de Atenquique, en el Estado de Jalisco. El general en jefe del ejército republicano del centro don José Maria Arteaga había hecho fortificar esa excelente posicion, y situado en ella tropas verdaderamente disciplinadas que impidieran el paso á las fuerzas imperialistas que saliesen de Guadalajara. Nada había descuidado de lo que pudiese dar el triunfo sobre los que intentasen forzar el paso.

El general Douay, que había anunciado que iba á emprender en Octubre la campaña por el rumbo en que

se hallaban las fuerzas republicanas que formaban el expresado ejército del centro, se dispuso á cumplir su ofrecimiento. El día 18 de Octubre, despues de dejar en Guadalajara una guarnicion respetable al mando del baron Neigre, salió con una division franco-mejicana. La estacion era la más favorable para la campaña, pues las lluvias habían terminado. El general Neigre llegó el 26 á Zapotlan sin haber encontrado resistencia en el camino. Únicamente al pié de la cuesta de Sayula, encontró su vanguardia un escuadron de caballería republicana que se retiró con algunas pérdidas. En Zapotlan le esperaba ya el general imperialista don Leonardo Marquez, á quien había citado para aquel punto, con el fin de desarrollar la combinacion que tenía formada para las operaciones militares que debían verificarse. Despues de haber conferenciado ambos generales, Douay dispuso que don Leonardo Marquez tomara cuarteles en Zapotiltic, y el 28, despues de dividir las tropas en tres columnas, inclusa la del expresado general Marquez, se pusieron en movimiento, enviando la primera al mando del coronel de Portier á ocupar el frente de la fuerte posicion que tenía el ejército republicano en las Barrancas de Atenquique. Las otras dos columnas, una al mando del general Marquez y la otra al del mismo general Douay, marcharon á envolver la posicion; aquélla por los Naranjos, atravesando la cuesta de la Higuerra, y la de Douay por el paso de Taxinastla, subiendo al cerro del Tigre. Al mismo tiempo que se ejecutaba este movimiento, el coronel de Portier atacaba la posicion de Atenquique con extraordinario ímpetu. Las tropas republicanas le recibie-

ron con serenidad, luchando valientemente; <sup>1864.</sup> <sub>Octubre.</sub> pero al ver que iban á ser envueltas por las otras dos columnas, se declararon en dispersion, dejando en poder de los contrarios toda su artillería y municiones, despues de haber tenido un número considerable de muertos y de heridos.

En esos mismos días se verificó otra accion de guerra, desgraciada tambien para las armas que sostenían el gobierno de don Benito Juarez. El 27 de Octubre una fuerza de trescientos imperialistas mejicanos, al mando del general Rivas, se movieron hácia el Cabezón, en el Sur del Estado de Jalisco, en apoyo de una fuerza francesa, amagada de ataque por tropas republicanas. A las siete de la mañana del 28, llegaron dos piquetes imperialistas á San Martín, con el general Rivas, en medio de una espesa neblina, y se vieron casi instantáneamente atacados por las fuerzas republicanas y confundidos con ellas. La sorpresa introdujo la confusion en los soldados del general Rivas, que vieron caer sin vida á varios de sus compañeros bajo el fuego de sus contrarios. El jefe imperialista logró, sin embargo, restablecer la serenidad en sus subordinados, les alentó al combate, y acometiendo á los que por todas partes les cercaban, lograron salir de la poblacion, abriéndose paso por en medio de sus enemigos, matando á varios de los que valientemente les cerraban el paso, contándose entre los que perecieron á este empuje desesperado, el jefe republicano don Pedro Leo. Lograda la salida, el general Rivas se retiró con su corta fuerza al pueblo de Ameca, donde los vecinos estaban ya muy alarmados, temiendo verse atacados muy pronto por los repu-

blicanos. El general Rivas, dispuesto á defender el punto, colocó su gente en los sitios dominantes. El 30, á las diez de la mañana, se presentaron las fuerzas republicanas, á las órdenes de don Simon Gutierrez, intimando rendicion. En la tarde del mismo dia llegó de Autlan el jefe, tambien republicano, don Antonio Rojas, y pasó otra intimacion, dando un breve plazo para que la plaza se rindiera. La contestacion del general Rivas fué que la tomase, si podía. Pocos momentos de dada la anterior respuesta, los republicanos, cuya fuerza ascendía á ochocientos hombres, la mayor parte de caballería, rompieron sus fuegos por el Oriente y Norte de la poblacion, haciendo bastante daño á ésta con dos piezas de artillería que llevaban. Los imperialistas contestaron desde los puntos elevados que ocupaban, con un fuego nutrido, sosteniéndolo casi sin descanso durante toda la noche. A las seis y media de la mañana, cuando los jefes republicanos se disponían á hacer un empuje para tomar la plaza, llegó de Cocula, en auxilio de los imperialistas, una compañía franca, atacando, por la espalda, á las tropas republicanas. Las fuerzas del general Rivas salieron entónces de sus posiciones, y cargaron fuertemente sobre sus contrarios. Éstos, al verse cogidos entre dos fuegos, se desordenaron, y entrando entre ellos la confusion, emprendieron la fuga en completa dispersion. Don Antonio Rojas logró salvarse con doscientos jinetes, retirándose por el camino del Cerro hácia Ahualulco: casi toda su infantería, la que no quedó muerta en el campo, fue hecha prisionera. Una pieza de artillería de á 8 con sus correspondientes municiones, cayó en poder de los imperialistas. Entre los repu-

1864.

Octubre.

blicanos que perecieron en el combate, se encontraban el teniente coronel don Ángel Benitez y el comandante don Márcos Lara. Entre los prisioneros estaban el comandante Gavalza de Sala, el capitán don Ignacio Rocha y el teniente don José María Ortiz. Los soldados prisioneros fueron refundidos en el batallon imperialista *Fijo de Ahuacatlan*.

El partido contrario al imperio vió en el descalabro sufrido en las Barrancas de Atenquique, destruida la fuerza que constituía el principal apoyo de la causa republicana; y aunque le fué sensible el golpe sufrido, no le causaba ménos pesar el ver disminuir el número de sus partidarios con las frecuentes presentaciones á las autoridades imperialistas.

Con efecto, en aquel mes, lo mismo que en los anteriores, muchos fueron los jefes y oficiales republicanos que reconocieron el nuevo orden de cosas establecido. En Jalapa se habían presentado á la comandancia general, el teniente coronel don Francisco Escalante, el comandante de escuadron don José María Galvez, y otros cuatro individuos notables. En un parte del comandante militar de Zacualtipan y Meztitlan se hacía saber que se habían presentado á reconocer el imperio tres jefes con veintidos hombres de caballería (1); en el Estado de Zacatecas se habían sometido al imperio los jefes de guerrilla García

(1) Pueden verse sus nombres en el periódico *El Cronista de Méjico* de 18 de Octubre de 1864.

de la Cadena y Sandoval, así como su antiguo gobernador don José María Castro y don Jesús Loera, secretario del general don Jesús Gonzalez Ortega; en Durango se presentaron adhiriéndose al imperio, un coronel, dos comandantes, ocho capitanes, cinco tenientes, siete sub-tenientes, cuatro sargentos, dos soldados y cinco individuos pertenecientes á la brigada del general Patoni (1): en el Estado de Tamaulipas se sometieron al nuevo orden de cosas dos jefes de bastante importancia; en el de Jalisco fueron varios los presentados; y cosa igual aconteció en casi todos los departamentos.

1864. Al mismo tiempo que se habían verificado  
Octubre. los acontecimientos que dejo referidos, en el Estado de Yucatan la fortuna se manifestaba igual-

(1) Hé aqui la lista de los presentados en Durango:

«Disidentes que han hecho protesta de adhesion ante la mayoría de la plaza de esta ciudad, hasta esta fecha, á más de los individuos cuyos nombres se han publicado ya anteriormente.

«José Pablo Hernandez, capitan, brigada Patoni; Teódulo de la Vega, sub-teniente idem; Luis Vergara, idem idem; Francisco Perez, alférez; Regino Castro, idem; Arcadio Patoni, teniente; Ramon Santelices, idem; Estéban Ponce, soldado; Vicente Flores, capitan; Ignacio Olea, sargento; Eufemio Larriva, teniente; Antonio Avalos, soldado; Pedro Fiscal, sargento; Juan Nájera, idem; Francisco Goyzueta, coronel, brigada Patoni; Francisco Torres, teniente; Antonio Niño, sargento; Ramon Beinhrt, capitan, Mazatlan; Cristóbal Patilla, teniente; Abel Pereyra, capitan; Feliciano Barraza, idem; Blas Moliner, comandante; Luis Gallardo, capitan; Benigno Marin, comandante, brigada Patoni; Jesús Ortega, sub-teniente idem; Timoteo Nájera, capitan idem; Francisco Lugo y Rocha, sub-teniente; Luis Barbosa, de la brigada Patoni; S. Gutierrez, idem; Jesús Rivas, idem; Jesús Alva, idem; Julian Chaverría, idem; Guadalupe de la O., capitan; Miguel Castrejon, sub-teniente de artillería.

Es copia que certifico. Durango, Octubre 11 de 1864.—El secretario general de la prefectura, *Bernardo de la Torre.*»

mente favorable al imperio. En ese Estado, que forma una península, cuya superficie es de seis mil ochocientas y una leguas cuadradas con 680,325 almas, la guerra de castas había sido el terrible azote de la sociedad. Los indios yucatecos, fuertes, ágiles y robustos, dotados de clara inteligencia y de notable valor, se habían manifestado siempre hostiles contra los gobiernos que se habían sucedido unos á otros desde la independencia, al ver que se les arrancaba del seno de sus familias y del cultivo de sus campos para servir en el ejército, sin otra ley que la de la fuerza. Don José Salazar Ilarregui, que había sido nombrado comisario imperial de aquella península, á donde llegó de Méjico el 4 de Setiembre, se propuso ganarse el afecto de ellos, y hacer cesar las continuas sublevaciones contra la raza blanca. Para conseguirlo, mejorando la triste situacion que les impelia á las rebeliones, dirigió á la prefectura superior política del Estado un decreto, que se publicó con verdadera satisfaccion de la clase pensadora. Era una disposicion semejante á las que los monarcas españoles dieron en favor de la raza india en las humanitarias leyes dictadas para protegerles. El decreto del comisario imperial don José Salazar Ilarregui, dado en Mérida, capital del Estado, el 13 de Octubre, decia así:

«En virtud de las muchas representaciones de indígenas que me han dirigido, quejándose de sus amos ó de los colindantes de sus pueblos, cuyas quejas podrán tener fundamento en algunos casos, y en otros ser obra de los que especulan con la ignorancia de los mismos indígenas:

»He decretado y decreto lo siguiente:

»Art. 1.º Se nombra un abogado defensor de los